

Inaudible e invisible

Nora Catelli

Juan L. Ortiz en Paraná leyó a Juan Ramón Jiménez; lo incorporó de modo tal que gestos y figuras –recurrencias conceptuales, incluso patrones simbólicos y modelos espaciales– vienen de esa lectura. No fue un adorno; en Juanele cualquier lector reconoce los ecos de Juan Ramón, a quien José Lezama Lima llamaba, desde *Orígenes*, desde Cuba, “Príncipe de los poetas”. De hecho, el final de esta revista, a mediados de los años cincuenta, no puede ser entendido como un asunto solo cubano; el conflicto lo desató y lo concluyó una red enteramente española; Jiménez y Jorge Guillén en ella. Onetti leía a Baroja; hay ciertas opacidades, cierta radical negativa a cualquier creencia, patente en Onetti, que no solo tiene que ver con Céline, sino con esa “águila que, al emprender el vuelo” mostraba su verdadera índole de mero “pajarra-co”; Ortega y Gasset describió así a Baroja. Todos los escritores latinoamericanos, hasta hace cincuenta años, lo habían leído, junto a Pérez Galdós y a Pardo Bazán, a Unamuno y a Valle Inclán. Esto se acabó.

Hoy, para los escritores latinoamericanos, la literatura española no existe, salvo denodadas declaraciones diplomáticas o editoriales, sobre todo de los grandes grupos, que inventan diálogos puramente artificiales: hace unos años, por ejemplo, una conversación a la distancia entre Ricardo Piglia y Roberto Bolaño.

En realidad, la literatura española no tiene por qué existir para la latinoamericana. De la misma manera, la literatura latinoamericana podría no ser decisiva, estructural y constructivamente, para el campo literario español; de hecho, hace unos quince años, los nuevos narradores de la península intentaron desprenderse de la difícil, opresiva y hegemónica proximidad literaria latinoamericana. Pero esta posibilidad se da en menor medida, ya que –desde los

años sesenta del siglo XX– el sistema literario peninsular es más permeable al hispanoamericano que el hispanoamericano al español. Por supuesto, el tronco de los Siglos de Oro es común a todos; un escritor latinoamericano tiene, con *La Celestina* o Quevedo, una proximidad –o una distancia– idéntica a la de un peninsular.

Me atreveré a repetir una observación que escribí cuando se hizo el penúltimo congreso de la lengua en Rosario. Lo siguiente: hace más de treinta años, en 1972, la editorial Siglo XXI publicó –con el apoyo de la UNESCO– un libro que fue estratégico dentro de la historia de la cultura americana en español y portugués: *América Latina en su literatura*, coordinado por César Fernández Moreno. Colaboraban allí Jorge Enrique Adoum, Fernando Alegría, Haroldo de Campos, Antonio Cândido, Noé Jitrik, José Lezama Lima, Julio Ortega, José Miguel Oviedo, Mario Benedetti, Adolfo Prieto, Juan José Saer, Severo Sarduy o Ramón Xirau. Incluía artículos sobre las lenguas americanas (autóctonas y europeas de origen), sobre el desarrollo de la literatura y sobre los –entonces– nuevos desafíos. De hecho, el tono general era el de la inminencia de lo nuevo, sin ninguna aprensión acerca del negro ciclo que se iniciaba en el continente. No había, en cambio, artículo alguno sobre la relación entre América Latina, por un lado, y Portugal y España, por otro. Los latinoamericanos habían leído a Juan Goytisolo o a Juan Marsé, pero la península del salazarismo y del final biológico del franquismo era solo considerada por los latinoamericanos como reciente receptora y pasiva de alguna literatura latinoamericana innovadora, desde Carpentier, Guimarães Rosa, Vargas Llosa o Cortázar hasta un maestro secreto como Juan José Saer, quien publicó a principios de los setenta, en Barcelona, *El limonero real*.

En ese momento, cuando las sociedades literarias latinoamericanas postulaban circuitos de lectura que fuesen modelos poderosos e influyentes, ninguno de esos circuitos albergaba nombres, propuestas o estéticas peninsulares. Hoy, a pesar de las instituciones, los premios y las editoriales, la literatura española en castellano sigue siendo invisible e inaudible para los intelectuales y escritores latinoamericanos. De hecho, si dejamos de lado los programas universitarios, salvo excepciones, es difícil encontrar huellas de una aprehensión crítica de lo español –en cualquiera de sus lenguas– en las literaturas latinoamericanas. El único testimonio verdadero de una incorporación tangible de otra literatura en la propia es la escritura; de tal cosa –de huellas recientes hispánicas en lo americano– no hay, en los últimos cincuenta años, ningún indicio. Lo cual no es un reproche, sino la constatación del modo en que las elites culturales latinoamericanas mantienen, con la España industrialmente hegemónica, relaciones no del todo dependientes de los circuitos de mercado. Hay poderosas razones históricas para que esto suceda; entre ellas, la tradicional y lógica reticencia a atribuir a la ex metrópoli un carácter decisivo en la vida cultural americana. También existe un factor innegable: la disputa por

la lengua literaria –americana por un lado, peninsular por otro– sigue teniendo poco que ver con la disputa por el control editorial. Cuanto más patente se hace este, menos dispuestos los americanos a prestar su oído a las inflexiones minoritarias y europeas de ese instrumento común y transcontinental.

Para que una lengua busque un vínculo con otra tradición literaria, tiene que experimentar antes una falta o un vacío. Cuando las siente, la literatura latinoamericana no verifica, en la lectura, que la colmación de ese vacío o esa falta pueda venir de la producción contemporánea española. Extrapolemos salvajemente una observación del crítico inglés Bernard Bergonzi, quien se preguntó cierta vez por qué, tras la resaca irlandesa joyceana, se hizo tan notable la convencionalidad de la lengua literaria inglesa de la posguerra en relación con la norteamericana de los años cincuenta. Porque los ingleses, razonó, creen que su lengua les es connatural y por ello la “exudan”, mientras que los estadounidenses se sienten menos seguros de su vínculo con el instrumento y, por ello, la “trabajan”: son conscientes de la prosodia, de los mecanismos de representación, de la necesidad de pericia técnica. El paralelo es útil: hasta cierto punto, los españoles son como los ingleses y los latinoamericanos como los norteamericanos. Cuando ciertos españoles –Juan Benet, Javier Pastor– se revuelven contra la fijeza y el peso muerto de su propia tradición, la lucha es interna, las claves son enteramente nacionales y los resultados solo pueden comprenderse en términos peninsulares.

¿Cómo imaginar hoy, en el umbral del segundo centenario de las independencias americanas, un libro similar al que coordinó César Fernández Moreno? ¿Habría alguna mención de la literatura española, o solo tendría España un lugar en el comentario acerca de los nuevos modos de circulación de los fondos editoriales, en suma, del control de mercado? Responder a esta pregunta –nada retórica– permitiría quizá contestar también el interrogante que preside estas páginas.